
El papel de los economistas en la sociedad

Braulio Medel Cámara

Resumen: en este trabajo se pretende poner de relieve la importancia de la Economía y la contribución de los economistas al progreso de la sociedad y a la mejora del nivel de bienestar a lo largo de la historia, así como el papel que éstos están llamados a desempeñar en el contexto económico actual. Asimismo se valora el alcance de la función de los economistas en el terreno predictivo.

Palabras clave: economistas, Economía.

Códigos JEL: A11, B00.

Aparentemente, no corren buenos tiempos para los economistas. Aunque siempre hemos convivido con una serie de tópicos burlescos acerca de esta profesión, que tampoco son infrecuentes en otras dedicaciones, lo cierto es que, a raíz del estallido de la crisis económica y financiera internacional de 2007-2009, los juicios críticos hacia la figura de los economistas parecen haberse desatado. Particular énfasis suele ponerse sobre su supuestamente deficiente capacidad previsor del curso de los acontecimientos económicos y su posible responsabilidad en el proceso de gestación de dicha crisis.

Aun sin negar de manera radical e incondicionada los cargos que se imputan, considero que es bastante injusto dictar sentencias absolutamente generalizadas contra el conjunto de una profesión que cubre un amplio espectro funcional y, sobre todo, echar en saco roto el trascendental papel desempeñado por los economistas a lo largo de la historia. Como tuve ocasión de expresar en la inauguración del I Congreso Andaluz de Economía y Economistas, celebrado en Málaga en el año 2003, la del economista es una de las profesiones que, en el curso de las últimas décadas, más ha contribuido al progreso de nuestra sociedad y a la mejora del bienestar, a través de su aportación tanto en la esfera pública como en la privada.

Su función resulta imprescindible para garantizar una asignación eficiente de los recursos disponibles. Aunque durante décadas los economistas han tenido que sobrellevar el estigma derivado de la célebre catalogación de la Economía como la «ciencia

lúgubre», hoy día ya nadie discute que precisamente en ese llamamiento permanente para asignar los recursos a los mejores usos radica una de las claves para el avance económico y social. Ha sido más bien el olvido de ese criterio, junto a la errónea creencia en la sostenibilidad de un crecimiento continuo, no imputable, al menos exclusivamente, a los economistas, uno de los factores que ha socavado las bases del modelo hasta hace poco vigente.

En cualquier caso, el oficio de economista debería ser juzgado con arreglo a una perspectiva histórica suficientemente amplia. A este respecto procede recordar la vieja afirmación de Benjamín Lowett, educador y erudito inglés del siglo XIX, para quien «los economistas han hecho en realidad más por las clases trabajadoras con su defensa del libre comercio, por ejemplo, que todos los filántropos juntos». Cabe también, por su significación como testimonio de un ilustre pensador ajeno al campo económico, aportar la reflexión de Ortega y Gasset, quien consideraba que «sin unos cuantos economistas no haremos absolutamente nada; con ellos lo haremos todo. Creo que no puede pedírseme más paladina declaración de la gran, inmensa misión de un oficio que es bien ajeno al mío». El reconocimiento de la relevancia de la Economía y del papel de los economistas está también presente en otros insignes representantes del mundo de la cultura.

La recurrentemente imputada debilidad de los economistas en el terreno predictivo sí requiere, dentro de este repaso sucinto, alguna mínima alusión. De entrada, es preciso resaltar que la



realización de previsiones no forma parte del núcleo de actividades básicas de un economista. Como se encargó de recordar Karl Gustav Cassel, «el futuro está influenciado por hechos venideros sobre los que no sabemos nada, y cuya predicción, en cualquier caso, no pertenece a la ciencia económica». Una ciencia, por otro lado, de carácter social, que no se presta a la realización de experimentos en el marco de un laboratorio donde puedan fijarse determinadas condiciones fundamentales.

Ha sido precisamente la pretensión, por parte de algunas corrientes de pensamiento económico, de querer emular las ciencias físicas lo que ha llevado a formular proposiciones y plantear políticas totalmente desconectadas de la realidad social. Circunstancialmente, ha sido justamente un economista, galardonado con el Premio Nobel de la especialidad, Paul Krugman, quien, con más ahínco y conocimiento, ha cuestionado la razonabilidad de algunas proposiciones macroeconómicas que han gozado de bastante predicamento en el curso de las últimas décadas. La profesión económica, en el ámbito académico, no es, en definitiva, un todo homogéneo, sino que está integrada por una serie de escuelas y tendencias, discrepantes entre sí en no pocos aspectos, lo que tal vez no viene sino a reflejar la dificultad intrínseca de una ciencia, relativamente joven, centrada, al fin y al cabo, en el estudio del comportamiento de individuos, empresas y administraciones públicas.

El devenir de la actividad económica es a la postre el resultado de las decisiones que millones de agentes económicos están adoptando y modificando de manera continua, lo que implica que una modelización que reproduzca fielmente ese enorme mosaico es una meta sumamente complicada. La tarea del economista no se restringe al análisis microeconómico y macroeconómico. Su aportación, como empresario, técnico, asesor o ejecutivo, es esencial para la adecuada toma de decisiones privadas y públicas. La visión del economista es imprescindible para evaluar las consecuencias de las distintas acciones, computar los costes y los beneficios y, de esta manera, canalizar el uso de los recursos escasos hacia las mejores alternativas.

Una de las lecciones de la actual crisis no es que haya existido un superávit, un exceso, de conocimiento económico y financiero en la sociedad, sino, por el contrario, un considerable déficit, que ha actuado como un factor intensificador de los efectos negativos de aquélla. En una etapa crucial para lograr un modelo económico sostenible y equilibrado como lo que estamos viviendo, hoy más que nunca es necesario poner a punto los instrumentos de la óptica económica, que están llamados a ser manejados por quienes reúnan las competencias adecuadas. Como proclamó en su día Joan Robinson, «todos debemos saber Economía, aunque sólo sea para no ser engañados por los economistas y, sobre todo, por quienes no lo son».